

Editorial

Mitch y el supuesto carácter «natural» de los desastres

Las influencias de la depresión tropical Mitch sobre El Salvador han sido tales que bien puede considerarse como el desastre de mayor magnitud de la década de 1990, suponiendo que durante 1999 no se reporte un desastre aún mayor. Esto no quiere decir, empero, que durante la década no se hayan venido registrando grandes y pequeños desastres, especialmente inundaciones y sequías que, en su conjunto, bien podrían haber producido más pérdidas económicas que las provocadas por Mitch; sin embargo, debido al carácter súbito de este último y al elevado número de víctimas que causó ha producido un impacto mucho mayor en la opinión pública que todo el efecto combinado de los pequeños desastres precedentes.

En CEPRODE siempre hemos señalado el creciente impacto de los desastres, su fuerte componente humano y la necesidad de adoptar la prevención de los desastres en todos los ámbitos de las políticas públicas. Lamentablemente esta visión solamente emerge en los momentos de postdesastre, cuando tanto el gobierno como la sociedad civil caen en la cuenta de los tremendos costos de la imprevisión.

Las reacciones han sido diversas y han variado desde los planteamientos que colocan en la actividad humana el mayor peso de las causas, hasta las que sugieren que el desastre ha tenido causas eminentemente naturales. El gobierno se ha atrincherado en la postura de que el desastre fue totalmente imprevisible, por depender exclusivamente del comportamiento de fuerzas naturales.

Esta postura se debilita en la medida que consideramos que los efectos de Mitch no fueron producto exclusivo de un huracán o una depresión tropical. Pese a lo súbito del desastre, puede decirse que este en realidad se fue generando lentamente en el transcurso de la historia, y especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XX con las sucesivas transformaciones que la sociedad hizo sobre el medio ambiente. Esto es válido no solamente para El Salvador sino también para otros países del área centroamericana.

En El Salvador las zonas que han resultado afectadas han sido básicamente las zonas costeras, las cuales anteriormente estuvieron ocupadas por bosques salados que servían de barrera natural contra marejadas y huracanes, pero que desde la década de 1950 fueron ocupadas de forma masiva para el cultivo del algodón.

El Acuerdo de Paz de 1992 contempló la reubicación de población afectada por el conflicto y excombatientes en la zona del bajo Lempa, a quienes se les asignaron

viviendas y parcelas agrícolas. Desde que se instalaron, 4 inundaciones y 2 sequías han producido pérdidas significativas para más de 3,000 familias campesinas.

Increiblemente, el gobierno ha venido ignorando los efectos de los desastres al atribuirlos exclusivamente a causas naturales, y hasta divinas, cuando en realidad estos son reflejo de las características específicas de las formas de desarrollo económico y social salvadoreñas. Esta visión de los desastres no contribuye en nada a reducir sus efectos negativos, y por el contrario, facilita la permanencia y profundización de las condiciones que generan vulnerabilidad, con lo cual las siguientes inundaciones son cada vez más desastrosas.

La reducción del impacto de los desastres es posible, pues estos no necesariamente son resultado exclusivo de fuerzas sobrenaturales, ajenas a cualquier influencia de las políticas públicas. De hecho, los efectos de Mitch habrían sido mucho menores si, por ejemplo, en la formulación de las políticas de reasentamiento de postguerra se hubiera considerado el elevado riesgo que de antemano presentaba el área del bajo Lempa, por ejemplo.

Lo cierto es que Mitch ha dejado al descubierto la alta vulnerabilidad de los asentamientos humanos ubicados en la zona del litoral, aunque no son estos los únicos grupos vulnerables existentes, pues en las zonas urbanas marginales existen otros que regularmente están siendo afectados.

El desastre provocado por Mitch supera grandemente el efecto promedio de los desastres previos —exceptuando el terremoto de 1986— y puede mover a pensar que difícilmente pudo haberse previsto su ocurrencia, sin embargo, no puede negarse que este tipo de desastres no son totalmente imprevisibles pues, además de que existen sistemas de alerta temprana, los desastres producidos por fenómenos hidrometeorológicos continuarán ocurriendo.

Mitch ha recordado que los desastres no son sólo un problema nacional, sino que tienen dimensiones de pandemia, pues ha afectado prácticamente a toda el área centroamericana sugiriendo que el riesgo que enfrenta la región es de tal magnitud que bien amerita ser incluido en los planes de integración regional, centrados hasta ahora en los aspectos económicos exclusivamente. El punto de partida sin embargo se encuentra en el nivel nacional, en el cual se requiere que los gobiernos adopten una visión científica de los desastres, a partir de la cual es posible incidir sobre el ámbito social reduciendo su vulnerabilidad a los fenómenos naturales. La organización de un sistema de prevención de desastres es una de las tareas prioritarias de los gobiernos no solamente en el área social sino también en la ambiental.

LOS COSTOS ECONÓMICOS DE MITCH

Desde el terremoto de 1986, El Salvador no había experimentado desastres que impactaran significativamente el ámbito nacional, aunque si numerosos desastres locales de gran importancia, especialmente inundaciones, sequías, derrumbes y deslizamientos. La depresión tropical Mitch ha venido a romper esa dinámica ya que impactó prácticamente todo el país con fuerte intensidad.

La cuantificación de los daños producidos por este fenómeno ha sido una de las principales preocupaciones del gobierno y sociedad civil en la etapa de posdesastre, y se han presentado ya al menos dos balances de pérdidas, uno elaborado por el gobierno y otro por gremiales de empresarios del sector agropecuario. En ambos casos se presentan cifras que llaman la atención sobre las grandes dimensiones del desastre, pero que a su vez muestran que probablemente la mayor diferencia de este desastre con la sequía sufrida durante el año 1997 son el elevado número de víctimas que provocó. Esta diferencia abre la interrogante sobre el efecto de las pérdidas humanas sobre las pérdidas económicas de Mitch y justifica la necesidad de cuantificar en términos económicos el impacto de la pérdida de vidas humanas en el bienestar futuro de los familiares que les sobreviven. Una forma de cuantificación es combinar la metodología de los Años de Vida Saludable Perdidos (AVISA), la cual se explica brevemente más adelante, con el

cálculo de los ingresos futuros de las víctimas para luego actualizar el valor obtenido.¹

La realidad del país después del desastre obliga a investigar las posibles causas de este último y definir estrategias de incidencia sobre variables que magnifican los efectos de los desastres tales como la ubicación y características de los asentamientos humanos, los bajos niveles

Una de las facetas de la pobreza a la que se le presta poca atención es la elevada vulnerabilidad frente a amenazas naturales

educativos, la ausencia de medidas de prevención de los desastres en las políticas públicas, la debilidad institucional para la fase de la atención, la imprevisión en las medidas emergentes, etc.

La coyuntura actual ha dado paso a una mayor receptividad hacia el tema de la conveniencia de invertir en la prevención de desastres en lugar de afrontar pérdidas que superan la inversión en prevención y que, sobretudo, provocan innecesarias pérdidas humanas y un empeoramiento de las condiciones de vida de la población más pobre. Una de las facetas de la pobreza a la que se le presta poca atención es la elevada vulnerabilidad frente a amenazas

¹ Bobadilla, J. et al. *Medición de los costos de la violencia. Resultados de un taller organizado por la Organización Panamericana de la Salud (OPS) y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID)*, Organización Panamericana de la Salud, Caracas, 11-13 de diciembre 1995.

naturales, tal como ha quedado recientemente demostrado en el área centroamericana.

Los estimados de pérdidas nacionales

Como se señaló arriba, un dato que resulta destacable en la cuantificación de pérdidas es la divergencia entre las valoraciones de gremiales de la empresa privada y del

gobierno e, inclusive, entre las mismas cuantificaciones del gobierno que plantean, por un lado, que las pérdidas están cercanas a los 1,159 millones de colones pero, por el otro, plantean que las necesidades de reconstrucción estarían cercanas a los 11,800 millones de colones.

**CUADRO 1
COSTOS DE LA TORMENTA TROPICAL MITCH
SEGÚN GOBIERNO Y GREMIALES EMPRESARIALES**

RUBRO/FUENTE	AC-ACES	GOES
Infraestructura		1,088.2
Acueductos y alcantarillados		7.9
Establecimientos de salud (15)		13.6
Vías terrestres (10 puentes y carreteras)		251.8
Escuelas (326)		245.0
Viviendas (10,372)		97.0
Cultivos (Arroz, frijol, maíz, caña y otros)	1,400*	472.9
Necesidades de salud		70.9
Saneamiento ambiental		63.7
Medicamentos		7.2
Total	1,400*	1,159.1

* Sólo café y caña de azúcar

GOES: Gobierno de El Salvador

AC: Asociación Cafetalera

ACES: Asociación de Cañeros de El Salvador

Una evaluación preliminar postdesastre muestra con claridad que las dimensiones de las pérdidas bien pueden afectar seriamente el comportamiento de la producción y de otros equilibrios macroeconómicos.

De acuerdo a datos recolectados por diferentes instancias gubernamentales, los daños totales del desastre estarían cercanos a los 1,159 millones de colones, y las mayores pérdidas se habrían concentrado en los cultivos agropecuarios, en vías terrestres y en infraestructura escolar, respectivamente.

Este estimado contrasta fuertemente con estimaciones de gremiales agropecuarias,

quienes fijan las pérdidas en 1,400 millones de colones solamente en los cultivos de exportación, mientras que el Ministerio de Agricultura y Ganadería fija las pérdidas en cerca de 800 millones de colones en el sector agropecuario solamente. Esto implicaría que las pérdidas directas totales, fácilmente podrían superar los 2,000 millones de colones, lo cual representa aproximadamente un 2% del Producto Interno Bruto de 1998.

De acuerdo a apreciaciones de la CEPAL, las cuales se presentan en el cuadro 2, el monto de los costos directos de Mitch estarían bastante cercanos al estimado gubernamental, pues planteaban un total de 137.1 millones de dólares equivalentes a 1,202.4 millones de colones. Las estimaciones de CEPAL se elevan al

considerar los costos indirectos y los costos de reposición que son de 124.8 y 370 millones de dólares, respectivamente. En total, los costos calculados por CEPAL habrían ascendido a 631.9 millones de dólares, (5,542 millones de colones) equivalentes a un 5.6 por ciento del PIB de 1998.

Cabe destacar que dentro de los costos totales, la CEPAL ha considerado el efecto sobre el medio ambiente al evaluar los costos directos en 6.9 millones de dólares

y los indirectos en 0.3 millones de dólares, que sumados equivaldrían a cerca de 63.14 millones de colones. Asimismo, se consideran costos sobre la deuda total y sobre el servicio de la deuda que llaman la

atención porque sugieren que este último será mayor que el incremento en la deuda total.

Como muestran los datos anteriores, los costos de la depresión tropical Mitch aún pueden ser objeto de debate, pero en cualquier caso justifican ampliamente la adopción de políticas de prevención que partan de la necesidad de ordenar el uso de la tierra y promover la satisfacción de las necesidades básicas de la población más vulnerable.

Las dimensiones de las pérdidas bien pueden afectar seriamente el comportamiento de la producción y de otros equilibrios macroeconómicos.

CUADRO 2
EL SALVADOR: RESUMEN DE DAÑOS DE MITCH
(Millones de dólares)

Sector	Directos	Indirectos	Total	Costo de reemplazo
Total	137.1	124.8	261.9	370.0
Porcentaje del PIB	1.2	1.1	2.3	3.3
Sectores sociales	6.3	14.7	21	45.9
Vivienda	3.6	8.9	12.5	40.0
Salud	1.6	5.5	7	3.9
Educación	1.1	0.3	1.4	2.0
Infraestructura	23.8	49.3	73.1	35.0
Caminos, puentes, telecomunicaciones, ferrocarriles	22.1	48.3	70.4	29.7
Agua y saneamiento	1.6	0.7	2.3	5.0
Energía	0.1	0.3	0.4	0.3
Sectores productivos	100.1	60.5	160.6	289.1
Agropecuario	100.1	4.3	104.4	187.9
Manufactura	0	28.2	28.2	50.8
Comercio, restaurantes, hoteles	0	2.8	2.8	50.4
Medio ambiente	6.9	0.3	7.2	
Exportaciones	5.1	4.6	9.7	13.7
Formación neta de capital	6.7	8.9	41.2	16.5
Deuda total	5.1	4.7	9.8	13.8
Servicio de la deuda	15.9	14.5	30.4	43.0

Fuente: Grupo Consultivo del Banco Interamericano de Desarrollo para la Reconstrucción de América Central, Washington, diciembre 1998, Mimeog.

Los efectos macroeconómicos

Según voceros del Banco Central de Reserva, para 1998 se espera obtener tasas de crecimiento económico de 3.5% y no de 4% como se proyectaba a principios del año. De cara a las pérdidas de producción, esta estimación podría incluso estar sobreestimada, sin embargo, de

aceptar esta cifra se tendría que las pérdidas indirectas por reducción de la producción estarían cercanas a los 500 millones de colones, lo cual es un dato muy discutible. Las reducciones de las tasas de crecimiento serán más drásticas en el caso del sector agropecuario, para el cual se espera que el crecimiento se reduzca desde

un 3.9% hasta un 0.2%, en el mejor de los casos, pues podría esperarse inclusive una contracción de este sector.

Por otra parte, existen otros efectos macroeconómicos asociados a los desastres tales como generación de presiones hacia los déficits externo y fiscal e incrementos en los precios de los alimentos. De hecho, estos últimos se incrementaron durante los primeros días posteriores al desastre, se espera un incremento en las importaciones de alimentos para suplir las pérdidas sufridas y, como se mencionó, se anunciaron pérdidas de hasta 1,400 millones de colones en los cultivos de exportación.

En este contexto, el Director General del Presupuesto del Ministerio de Hacienda anunció que será necesaria una inversión cercana a los 11,800 millones de colones para los programas de reconstrucción, la cual contrasta fuertemente con el dato oficial de 1,159 millones de colones en pérdidas difundido previamente por el mismo gobierno.

El enfoque de los AVISA

Hasta ahora, las metodologías utilizadas para la medición de los costos de los desastres han prestado poca atención a la cuantificación de los costos resultantes de la reducción de ingresos de las familias de los fallecidos o de las personas que resultan con discapacidades a raíz de un desastre. La metodología más aceptada para la medición de los desastres es la propuesta de la Comisión Económica para América

Latina y el Caribe (CEPAL), sin duda el avance más significativo en este campo, pero que podría mejorarse con la inclusión

de los ingresos perdidos por muerte prematura.

Lo anterior no implica que en la metodología de la CEPAL no se reconozca la existencia de pérdidas en los ingresos, tanto las resultantes de pérdidas de producción como de empleo. Así se señala que por efecto de los desastres se experimentan "Reducciones de ingresos por no prestación de servicios. Por ejemplo, las pérdidas de ingresos ocasionados a empresas de utilidad pública" ¹ o bien "pérdida de ingresos por concepto de alquileres no percibidos por los propietarios de las viviendas dañadas (y) pérdidas de ingresos del sector público por impuestos no pagados respecto a las viviendas dañadas"². Al considerar los ingresos perdidos por reducción del empleo señalan la posibilidad de "pérdidas de ingresos de personal que perdió sus ocupaciones o debe trabajar a tiempo parcial".³

Este enfoque soslaya, empero, la importancia de los ingresos perdidos por la muerte o discapacitación de las víctimas de un desastre, los cuales pueden prolongarse por muchos años. Un enfoque más elaborado sobre la cuantificación de estos costos ha sido aplicado ya al estudio de la violencia, obteniéndose cifras que, para el caso de El Salvador, y en sus versiones más conservadoras, llegaron a representar

¹ Manual para la estimación de los efectos socioeconómicos de los desastres naturales, Comisión Económica para América Latina, Santiago de Chile, 1991: 3-5

² Ibid, pp. 2-17 y 2-18.

³ Ibid, pp. 3-5.

cerca de una quinta parte de los costos totales asociados a la violencia.¹

La metodología de los AVISA es una herramienta fundamental para proyectar cual será la pérdida de ingresos de una persona en caso de resultar muerta o discapacitada a raíz de un desastre para luego calcular el Valor Actual Neto a la fecha del desastre. La principal dificultad estriba en obtener las características personales y/o niveles de ingreso de las víctimas: ocupación, ingreso y edad, los cuales se utilizan luego para estimar los AVISA a partir de la diferencia de la esperanza de vida vigente en el país y la edad de la víctima para luego, en base al ingreso calculado, calcular el total de ingreso perdido hasta la fecha probable en que la víctima pudo haber finalizado su vida productiva.²

Posteriormente, este valor se actualiza a la fecha de ocurrencia del suceso a través de la metodología del Valor Actual Neto, para establecer el monto de la pérdida de ingresos para las víctimas. En el caso de las personas que pudieran haber resultado discapacitadas se considera un factor de ajuste sobre sus posibles ingresos futuros para reflejar la posibilidad de que estas

personas experimenten reducciones parciales de sus ingresos por efecto de su discapacidad. Existe ya una propuesta de factores de acuerdo al tipo de lesión sufrida utilizada por la OPS para el cálculo de los costos de la violencia en América Latina.³

Lamentablemente, la escasa información disponible aún no permite desarrollar este

La metodología de los AVISA es una herramienta fundamental para calcular cual será la pérdida de ingresos de una persona en caso de resultar muerta o discapacitada a raíz de un desastre

ejercicio en el caso de Mitch pues no se cuenta aún con datos concretos acerca de la edad y sexo de la mayor parte de los fallecidos; sin

embargo, aún el estimado más conservador llama la atención sobre la importancia de este componente. Si consideráramos que las 225 víctimas mortales del desastre tenían una edad promedio de aproximadamente 45 años (un dato bastante elevado) y la esperanza de vida es de aproximadamente 64 años, tenemos que aproximadamente se perdieron 19 años de vida saludable por cada víctima, lo cual implicaría un total de 4,275 años de vida saludable perdidos.

En lo tocante al ingreso de las víctimas es importante recordar que la mayoría se encontraban empleados en el sector

¹ Romano, Luis, "Los costos económicos de la violencia", en revista ECA Estudios Centroamericanos, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, 588, octubre 1997, pp. 967-976.

² Bobadilla, J. et al. Op. Cit.

³ Las propuestas en este campo han llegado a estimar inclusive los costos de la atención médica y de rehabilitación de diferentes lesiones. **Medición de los costos económicos de la violencia.** Organización Panamericana de la Salud, Quito, 1995.

agropecuario, lo cual implica ingresos promedio de aproximadamente 788 colones mensuales¹, y un ingreso anual de 9,456 colones por persona. Considerando que el total de personas fallecidas fue de 225, puede estimarse que entre todas percibían un ingreso anual de 2,127,600 colones.

Si combinamos el dato de 4,275 años de vida saludable perdidos con el ingreso anual de 2,127,600 colones, obtendríamos que las pérdidas por efecto de las muertes provocadas por el desastre llegarían a los 9,095,490,000 colones; sin embargo cuando obtenemos el Valor Actual Neto de esta cantidad proyectada originalmente a 19 años obtendríamos el dato de 3,613,280,367 colones como pérdida actual resultante de los ingresos perdidos, lo cual equivale aproximadamente a 412 millones de dólares y a un 3.6% del PIB obtenido para el año 1998. Cabe mencionar que, debido a la falta de datos, esto no incluye los ingresos perdidos por lesionados que resultan con discapacidades que les impide desempeñarse de forma normal en el mercado de trabajo.

Con todo, puede notarse que las dimensiones de las pérdidas de ingreso que enfrentan las familias, son de acuerdo a la información disponible, donde se concentra buena parte de los costos de un desastre. Por lo mismo, la metodología de los AVISA merece ser tomada en cuenta en futuros esfuerzos de cuantificación de

los costos de los desastres y, en concreto, de los ingresos familiares perdidos debido a los muertos y lesionados resultantes.

Los costos totales

En el cuadro 3 se resumen los resultados de las diferentes estimaciones de los costos económicos de los desastres, resaltando que los costos provocados por la pérdida de los ingresos resultan mucho más importantes que los costos directos estimados inicialmente por fuentes vinculadas tanto al gobierno como a la empresa privada.

Es difícil obtener un dato de costos totales de Mitch a partir de la información disponible, debido al peligro de la duplicación de los costos, sin embargo, los ingresos perdidos por las víctimas no forma parte de la metodología de CEPAL, que calcula los ingresos perdidos por reducción del empleo y surgimiento del subempleo únicamente.

Al combinar los totales de CEPAL (5.6%) y de los ingresos perdidos por las víctimas mortales (3.6%) puede arribarse a un estimado cercano al 9.2% del PIB. Los datos obtenidos sugieren que las pérdidas podrían estar en el rango de 5.6 a un 9.2 por ciento del PIB de 1998. Esta cifra es suficiente para anular el crecimiento económico de dos años a las tasas de 4% programadas por el Banco Central de Reserva.

¹ Dirección General de Estadística y Censos/División de Información Social, Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples, Ministerio de Economía, Ciudad Delgado, 1998

CUADRO 3
COSTOS TOTALES DE MITCH
(Millones de colones)

Costos	Valor	Porcentaje del PIB
* Directos (Infraestructura, cultivos y salud)	1,159	1.1
** Totales (Directos, indirectos y reposición)	5,542	5.6
*** Ingresos perdidos	3,613	3.6

Fuente: * GOES
 ** CEPAL
 *** Elaboración propia.

Cabe señalar, que tanto en el cálculo de los costos directos e indirectos aún persisten cuestionamientos y omisiones de consideración. Por ejemplo, en el caso de los costos directos caben importantes interrogantes sobre el monto de las pérdidas en la producción, mientras que en los costos indirectos aún falta por integrar los ingresos perdidos por las lesiones sufridas por algunas víctimas, así como otros efectos no dimensionados como, por ejemplo, los costos de la incorporación de medidas de reforzamiento en viviendas afectadas levemente y que probablemente no han sido incluidas en los censos de viviendas dañadas por el desastre, etc.

El plan presidencial de rehabilitación y reconstrucción

Frente a las dimensiones del desastre, el Presidente Calderón Sol anunció la implementación de medidas contingenciales y de largo plazo para proceder a la rehabilitación de las zonas afectadas, para lo cual se propone cuatro medidas

generales: primero, la dotación de un "paquete solidario" para diez mil familias, los cuales comprenden dotación de materiales básicos para reconstrucción de viviendas, alimentos y enseres del hogar; segundo, se contempla la entrega de semillas, fertilizantes, aperos y asistencia técnica para cultivar tierras que "quedaron impregnadas de humedad"; tercero, estructuración de un fondo económico para el desarrollo agrícola y, cuarto, rehabilitación de la infraestructura vial.

El programa de atención del desastre pasaría, una vez cumplida la fase de rehabilitación, a la ejecución de un plan de reconstrucción con tres líneas principales: programa de viviendas populares incluyendo reubicación de asentamientos humanos en zonas de menor riesgo; reparación de escuelas, puestos de salud y red vial; y, finalmente, reconstrucción de la infraestructura productiva.

Consideraciones

Mitch provocó el desastre de mayor envergadura desde el terremoto de 1986 en San Salvador, y ha concentrado sus

efectos especialmente en el sector agropecuario, en total se estima que las pérdidas atribuibles a Mitch estarían oscilando entre 5.6 y 9.2 por ciento del PIB de 1998. Este efecto vendría a sumarse a las pérdidas de cerca de un 1.58% del PIB resultante de la sequía de 1997/98.¹

La cuantificación de los ingresos perdidos por las víctimas de los desastres es un componente que ha recibido poca atención, pero que bien amerita ser incluido en las cuantificaciones de costos de los desastres.

A nivel macroeconómico, los efectos inmediatos de Mitch consistieron en una reducción de las expectativas de crecimiento del PIB desde 4 a 3.5 por ciento, y la generación de presiones hacia el incremento de los déficit de las finanzas públicas y del sector externo.

Una diferencia de este último desastre y los desastres recurrentes de año con año es que el primero ha afectado por igual a pequeños productores campesinos y a medianos y grandes empresarios, generando con ello reacciones gubernamentales en el campo de la reconstrucción, de los cuales la más destacable es la propuesta del presidente Armando Calderón Sol. Lo primero que llama la atención de la propuesta presidencial es que incluye algunas medidas estructurales tendientes a la reducción de los desastres, tales como el fomento de la producción agropecuaria, reconstrucción de la infraestructura de salud

y educación y mejoramiento de las condiciones habitacionales. Estas políticas en realidad habían sido ya anunciadas en anteriores planes gubernamentales que nunca fueron ejecutados como, por ejemplo, el plan de desarrollo agropecuario y el plan de desarrollo social.

El discurso presidencial muestra que existe mayor comprensión sobre las verdaderas causas de los desastres y las formas de prevenirlos, pero es de lamentar que el retraso en la implementación de los programas de desarrollo anunciados hayan impedido iniciar desde antes la reducción de la vulnerabilidad.

Los costos totales de Mitch en El Salvador, aunque menores que en otros países como Nicaragua y Honduras donde se perdió la mitad y el total del PIB, respectivamente, muestran con claridad meridiana la necesidad de destinar recursos públicos y privados para las tareas de la reducción de la vulnerabilidad frente a a fenómenos naturales que se continuarán presentando con mayor frecuencia e intensidad en las próximas décadas.

¹ Ver "Efectos de la sequía 1997/98" en el boletín **Actualidades sobre Desastres**, Centro de Protección para Desastres, número 21, año 5, pp. 3-5.